

AGRADECIMIENTOS

LA REALIZACIÓN DE UN LIBRO SIEMPRE es un esfuerzo en donde diferenciadamente intervienen además de su autor, otras personas e instituciones. A todos los que han tenido algo que ver técnica, académica o logísticamente en la elaboración de éste, quiero darles las gracias más sinceras.

Especialmente quiero agradecer a todos aquellos colegas que contribuyeron con comentarios a cada una de las primeras versiones de los capítulos, que en su origen fueron ponencias que presenté en diversos foros dentro y fuera de México. Agradezco también las invitaciones recibidas por varias instituciones: FELAFACS, CONEICC, UIA Plantel de León, ITESO, CNCA, JESCOM, UAM-X, Umbral XXI y Chasqui para presentar tales ponencias. Sin el estímulo de sus invitaciones, quizá no hubiera escrito varios de los capítulos del presente volumen.

Quiero, finalmente, agradecer al Departamento de Comunicación y a la Dirección de Investigación y Posgrado de la Universidad Iberoamericana Santa Fe, el haberme brindado la oportunidad de estar en contacto con la problemática de la formación de los comunicadores y con la discusión e investigación acerca de sus prácticas profesionales. Esto ha sido un permanente desafío a mi propia práctica docente, que en este libro he querido asumir explícitamente con la esperanza de que otros se sumen al esfuerzo por hacer realidad la utopía de formar comunicadores democráticos.

ÍNDICE

Presentación	4
Prefacio	5
I. DESAFÍOS ACADÉMICOS	
1. Democracia, comunicación y pedagogía: una vinculación que demanda muchas discusiones.....	8
2. ¿Comunicadores, para cual democracia?.....	18
3. La formación profesional del comunicador: dos perspectivas en competencia.....	26
4. De las disciplinas a los saberes: hacia una reestructuración de la comunicación desde la academia.....	32
II. ÁMBITOS PROFESIONALES	
5. La investigación participativa y la practica del comunicador.....	42
6. El comunicador frente a la articulación pedagógica de las mediaciones en los procesos de recepción.....	53
7. Al rescate de la pantalla: TV pública y participación de la sociedad.....	62
8. Televidentes y representación electrónica: hacia una nueva generación de derechos humanos.....	75
NOTA FINAL.....	83

PRESENTACIÓN

CON EL PRESENTE LIBRO, el Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales PROIICOM), de la Universidad Iberoamericana, y el Fondo Editorial de la Fundación Manuel Buendía suman sus esfuerzos.

El PROIICOM, creado en junio de 1989, constituye un espacio de análisis, discusión, intercambio y generación de conocimientos que busca fortalecer el diálogo interdisciplinario, sistematizar la investigación científica y vincularla con la práctica docente.

La Fundación Manuel Buendía (FMB), constituida en septiembre de 1984, es una Asociación Civil que se ha distinguido por su especial interés por contribuir a la democratización de la información a través de cada uno de sus programas orientados a la discusión y difusión de las ideas, así como a la formación profesional de los comunicadores.

La obra de Guillermo Orozco, inaugura la colección Ensayos del PROIICOM -y fortalece la colección Pistas de la FMB- cuyo propósito es poner al alcance de los lectores, una serie de textos sobre aspectos relacionados con la comunicación, sus prácticas y sus procesos, no sólo dentro del campo estrictamente informativo, sus medios y sus tecnologías, sino también dentro de otros terrenos afines y procesos sociales mayores, en los que el intercambio comunicativo constituye un eje importante para su adecuada exploración.

Ambas colecciones -Ensayos y Pistas- están abiertas a la concurrencia de investigadores y académicos nacionales y extranjeros interesados en sistematizar y compartir reflexiones sobre los procesos comunicativos, que permitan ensayar propuestas socialmente relevantes para la permanente transformación del ámbito comunicacional contemporáneo.

PREFACIO

LOS ENSAYOS REUNIDOS EN ESTE LIBRO se inspiran en una preocupación general: la relevancia democrática de la formación y la práctica profesional de los comunicadores. La tesis fundamental que orienta los diferentes capítulos sostiene que formación y práctica profesional por igual, deben repensarse en el contexto de la modernización y la democracia, con una particular intencionalidad: formar comunicadores que trabajen por el rescate de los medios para sus audiencias.

Con ese propósito, en la primera parte se propone una discusión sobre aspectos polémicos de la formación universitaria de los estudiantes de comunicación. En el segundo apartado se reúnen distintas aproximaciones a los ámbitos del trabajo profesional en comunicación que son especialmente importantes para conseguir este deseado rescate.

Rescatar los medios para sus audiencias, para el público, implica instrumentar gradualmente una estrategia múltiple tendiente a lograr una creciente participación, cada vez más informada y efectiva, de distintos segmentos sociales. Objetivo difícil de alcanzar, para muchos casi utópico, que sin embargo es urgente mantener como meta siempre en proceso de lograrse. Y para ello, es preciso fortalecer el pluralismo en el intercambio informativo y el equilibrio en la producción comunicativa de diversos segmentos de la audiencia.

No es fácil diseñar una estrategia de rescate de los medios. Menos aún instrumentarla. En ella debe concurrir el esfuerzo de distintos agentes e instituciones sociales, culturales y políticas. No obstante, un tipo de agentes e instituciones que están, y cada vez más deben estar involucrados, son precisamente los profesionistas de la comunicación y sus universidades. Es desde este segmento de la academia, con sus límites y acotaciones dentro del entorno social mayor, que en este libro asumo la discusión, con el ánimo de explorar algunos elementos que permitan potenciar sus posibilidades de transformación democrática.

Más que buscar recetas o encontrar respuestas contundentes, mi objetivo en las páginas siguientes es continuar una discusión iniciada por muchos otros autores en la que se aborden, con una intencionalidad definida, una serie limitada de asuntos relacionados con la consecución de espacios más democráticos apuntalados desde el campo de la comunicación.

Considero importante realizar una discusión de esta naturaleza en un momento histórico como el actual, en el que suceden muchos cambios, tanto en la manera de pensar como en los mismos objetos pensados, porque justamente es un momento en el cual, más que nunca, está haciendo falta un debate. Por una parte, en un sector de la academia persiste la tendencia a la falta de crítica, en cierta medida motivada por el derrumbe de algunas certezas e ideologías contrarias al neoliberalismo contemporáneo -que por tanto tiempo sirvieron de plataforma para hacer pronunciamientos críticos-. Y por otra, emerge una nueva esperanza, apuntalada con acontecimientos como el levantamiento indígena en Chiapas, desde donde recobran nuevo sentido la sociedad civil y sus organizaciones populares, cuyos pasos requieren más acciones para su fortalecimiento. Así, mientras se pierde el ímpetu y,

en buena medida también, el andamiaje teórico para proseguir un debate que fortalezca una formación universitaria en una dirección de cambio social, se abren rutas alternativas para nuevos planteamientos. En esta especie de coyuntura general por la que México atraviesa, y seguramente otros países del área latinoamericana, adquiere mayor sentido el preguntarse por los desafíos académicos y profesionales de los comunicadores.

Lo anterior no significa que haya que volver a aferrarse a posturas dominantes en la década de los setenta y aun ochenta, a través de las cuales desde la academia (de izquierda) se condenaba en bloque todo lo que provenía de la empresa privada, mientras que paralelamente se postulaba al Estado como la gran solución. Pienso que aferrarse a esas posturas no es la mejor manera de insertarse, con un punto de vista crítico, en la coyuntura presente.

Creo que uno de los desafíos que enfrentamos -que espero transmitir a lo largo de este libro- es precisamente encontrar un nuevo modo de ser críticos y hacer crítica, para que la diversidad de agentes, instituciones y organizaciones sociales que están poblando nuestro entorno, en muchas de las que participamos y a partir de las cuales reconstruimos nuestras identidades, puedan desarrollarse y fortalecerse en un ambiente cada vez más democrático.

Junto a procesos de transformación, aún poco explorados pero posibles -entre otras cosas, gracias al avance tecnológico y al conocimiento sobre los procesos comunicativos, como la producción independiente de mensajes para los grandes medios o la misma educación de los receptores-, existen también riesgos y desafíos muy grandes.

En el campo de la emisión de medios masivos, nítidamente se palpan cambios y se perfilan tendencias cuestionables, así como una falta de análisis fresco que ayude a ubicar y comprender mucho lo que está sucediendo alrededor de las empresas informativas y culturales y los cada vez más visibles procesos de mundialización. Por ejemplo, pareciera que mientras se exalta y se postula como deseable en el ámbito internacional y aun nacional la privatización creciente de los distintos medios masivos de información, como la manera de alcanzar una diversificación de la oferta de mensajes y finalmente, conseguir un pluralismo informativo, se soslaya la monopolización de las industrias culturales y de comunicación en ciertos grupos y el trato de la información como una mera mercancía, intercambiable según el criterio de máximas ganancias. Se soslaya también la importancia que, para entorpecer la democracia, tienen los acuerdos de cúpula que se pueden inferir entre quienes sustentan el poder político y económico y aquéllos que controlan los medios masivos de información y las industrias culturales en general.

En el ámbito específico de la formación de comunicadores, el neoliberalismo se manifiesta en la presión tanto de los estudiantes como de muchos de los mismos académicos, de preparar a los nuevos profesionistas de acuerdo a las necesidades de un mercado cada vez más definido unilateralmente por la empresa privada y los monopolios informativos extranjeros. Mercado en expansión que, paradójicamente, mientras crece más se reduce, en la medida en que sólo cierto tipo de instituciones, relaciones, valores profesionales y agentes sociales tienen cabida e importan.

Reformas curriculares orientadas a facilitar una mayor correspondencia entre empresa privada y planes de estudio, como la que se dio recientemente en la Escuela de Comunicaciones y Artes de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, de pronto se empiezan a convertir en ejemplos y en metas de muchas otras escuelas o facultades de comunicación en América Latina.

Como atinadamente enfatiza el politólogo Norbert Lechner, una de las características del neoliberalismo actual es la creciente exclusión completa de grandes sectores de la sociedad. Sectores que antes eran explotados, pero aun así, seguían siendo parte, estaban dentro, de la estructura social.

Si tomamos en serio el juicio de Lechner, las implicaciones para la comunicación en relación con la democracia son enormes. La comunicación como proceso que permite vincular distintos sujetos sociales, se convierte en el camino por el cual también se les excluye; paradoja reciente que estamos viviendo de muchas maneras. Por ejemplo, al presenciar la proliferación de canales televisivos y al mismo tiempo constatar tantas repeticiones y a la vez tantas ausencias en la televisión, donde sólo unos cuantos aparecen y sólo ciertos acontecimientos son representados.

En este contexto, adquiere mayor urgencia preguntarse: ¿Qué tipo de formación requieren los estudiantes de comunicación para responder a los desafíos contemporáneos que plantea una sociedad más democrática? ¿Cómo estimular que su trabajo profesional se realice con un sentido de transformación? ¿En qué ámbitos profesionales se manifiesta con mayor urgencia el trabajo de un comunicador democrático?

Escritos originalmente como ponencias y presentados en distintos foros durante los últimos cuatro años, la mayoría de los artículos aquí reunidos -algunos de ellos publicados anteriormente por separado- tienen en común la intención de estimular una reflexión crítica sobre la formación democrática del comunicador. Los cuatro primeros abordan esta preocupación de manera directa y explícita. Los cuatro últimos capítulos más bien exploran ámbitos especialmente susceptibles al trabajo democrático de los futuros profesionistas de la comunicación. Por ejemplo, los capítulos 5 y 6 constituyen dos grandes estrategias para evitar la exclusión: plantean involucrar a la sociedad en procesos de investigación de sus propios problemas de comunicación y en experiencias educativas encaminadas a desarrollar su competencia comunicativa como receptores de los medios y tecnologías de información. Los capítulos 7 y 8 son dos propuestas para trabajar por la inclusión de la sociedad en dos frentes amplios: la televisión pública y los derechos humanos a la comunicación.

El tema de la democracia es inagotable. En el presente libro mi objetivo es modesto: trato simplemente de incursionar en él desde el terreno específico de la comunicación. Sé también que comunicación y democracia es un vínculo que difícilmente se agota, aunque mucho se haya dicho al respecto. Aquí ni siquiera pretendo decir mucho. Mi intención al reunir en un solo volumen los diversos capítulos, es más bien la de estimular y provocar. Lo hago, eso sí, convencido de que es preciso fortalecer el debate sobre este asunto y de que sin la competencia e involucramiento de los lectores de estas páginas, eso no sería posible.

Guillermo Orozco Gómez

I. DESAFÍOS ACADÉMICOS

DEMOCRACIA, COMUNICACIÓN Y PEDAGOGÍA: UNA VINCULACION QUE DEMANDA MUCHAS DISCUSIONES

EN UN CONGRESO SOBRE COMUNICACIÓN celebrado en México, Jesus Martín-Barbero (1992) comenzaba su ponencia sobre el Tejido Comunicativo de la Democracia aludiendo a la dificultad de abordar el asunto por ser a la vez el más viejo y gastado de todos los temas y el más candente y renovador. En efecto, el binomio comunicación-democracia ha sido abordado reiteradamente por académicos de las ciencias sociales y políticas y en particular por teóricos de la comunicación. Consciente de ello, en este capítulo no pretendo iniciar una nueva discusión, diferente a las anteriores, sino más bien puntualizar algunos aspectos que, considero, no han sido debatidos lo suficiente. Mi intención, entonces, es simplemente apuntar al hecho de que es necesario seguir discutiendo la relación comunicación y democracia, pero sobre todo las implicaciones pedagógicas que tal binomio tiene para la formación democrática de los comunicadores.

La perspectiva dominante

Si bien la relación entre comunicación y democracia se ha abordado de muy diversas maneras, frecuentemente se ha coincidido en asumir de manera implícita incluso, que comunicación es un proceso masivo, un asunto de medios y tecnologías de información, y que su democratización, por consiguiente, tiene que ver sobre todo con las condiciones del flujo e intercambio informativo.

Basta con revisar los últimos libros sobre el tema publicados en México (Comunicación Social, Poder y Democracia en México, Arredondo y Sánchez, 1985; Comunicación y Democracia, Varios, 1992) para darse cuenta que entre los académicos de la comunicación, y en buena medida también entre los miembros del gremio periodístico, la comprensión que domina sobre el tema es que democratizar la comunicación es democratizar los sistemas informativos.

Una forma menos reduccionista de concebir la relación comunicación y democracia enfatizaría que comunicación no sólo es un asunto de medios y de grandes masas, sino de procesos y de redes y de grupos o individuos. Esta perspectiva asume también que los mismos medios de información y las nuevas tecnologías, más que involucrar a los miembros de la audiencia en procesos despersonalizadores, cada vez más los integran a partir de segmentos muy identificados, a los cuales tratan de hacer llegar sus mensajes. Especialmente las últimas tecnologías como el fax y el correo electrónico, y hasta los sistemas de televisión por cable o codificados (e.g. Multivisión en México), amplían el involucramiento cada vez más selectivo de sus usuarios, tanto porque cuesta disfrutar de sus servicios, como porque, además, los suscriptores deben pagar cuotas extras para poder disfrutar de otros servicios especializados, como el de Pay per View, quedando así como usuarios cada vez más seleccionados dentro de redes con intereses y necesidades específicas, que las fuentes emisoras tratan de

satisfacer.

Sin desdeñar las importantes aportaciones hechas por libros como los citados anteriormente, al privilegiar sólo un aspecto -el informativo-, esta idea de la relación comunicación-democracia aunque no es incorrecta, sí es parcial. No obstante, aun parcial, no ha sido discutida en sus últimas consecuencias.

Lo anterior me parece importante, sobre todo porque según se asuma la relación entre comunicación y democracia, serán las implicaciones para la formación de los comunicadores, y tendrían que ser las propuestas curriculares en esa dirección. Algo, esto último, que más bien no ocurre, o sucede a medias. Si la comunicación es entendida fundamentalmente como una cuestión de intercambio informativo a través de medios masivos de difusión, la democratización y por ende la formación de comunicadores democráticos, tendrá que ver necesariamente con su control social.

Control que aparece entonces como la condición sine qua non para democratizar los medios, si de lo que se trata es de una redistribución más equitativa entre los sectores sociales de las posibilidades de intervenir y decidir en los sistemas y contenidos informativos. Control que supone un paso previo: el rescate de los medios para sus audiencias. Por tanto, para ser coherentes con esta visión predominante, desde las facultades de comunicación habría que preparar comunicadores, que además de conocer técnicamente el funcionamiento de los medios como tales -esto es, sus lenguajes específicos-, sean capaces de entender a los medios también como instituciones histórica y políticamente situadas, y puedan desarrollar estrategias para administrarlos eficientemente en función de la sociedad y según valores democráticos. Al constatar que los medios masivos de información en México y en la mayoría de los países occidentales, están al servicio del capital, se encuentran organizados en función del lucro y no al servicio de la sociedad y están controlados por unos cuantos grupos privados, una de las tareas pedagógicas imprescindibles es la de capacitar a los comunicadores para saber cómo enfrentar ese poder, por una parte, y por otra, cómo generar -usando sus capacidades profesionales en comunicación- nuevos poderes sociales (empowerment) entre los distintos sectores de la audiencia. Para decirlo de otra manera: ya que los medios de información actualmente coexisten en un clima neoliberal surcado por tendencias de privatización, comercialización y desregulación estatal, los comunicadores democráticos tendrían que estar capacitados para poder ejercer su profesión dentro de tales coordenadas y lograr sus objetivos, a pesar de los obstáculos que ellas les impongan. A la vez, tendrían que aprovechar las facilidades que pudiera brindarles una situación menos estatizada y regulada y más enfocada en la competitividad profesional.

Un esfuerzo poco fructífero

Hasta ahora, sólo una minoría de los planes de estudio implantados en las escuelas de comunicación han asumido, en el mejor de los casos, que con buena voluntad y una dosis de enseñanza axiológica adecuada, los profesionistas de la comunicación podrán hacer frente a los requerimientos democráticos de este fin de milenio. La mayoría de las currícula de las más de 100 escuelas que en México ofrecen estudios superiores de comunicación de algún tipo, desgraciadamente ni siquiera se han planteado el para qué de su esfuerzo pedagógico. Pocos planes de estudio han logrado traducir u objetivar adecuadamente algunas de

las destrezas necesarias para dominar ciertos lenguajes específicos de los medios de información. La mayoría ni siquiera eso. Curricularmente se ha generado una confusión que ha dado por resultado comunicadores ajenos a su realidad (Fuentes, 1991).

Sin embargo, aun aquellos planes buenos en el plano técnico, implícitamente han comprendido a los medios en el vacío sociocultural y político y han soslayado una formación sociológica, pero sobre todo política, que facilite el que los estudiantes en su paso por la universidad, reciban la capacitación y la motivación necesarias para comprometerse con la creación de sistemas de comunicación más democráticos. Capacitación que de ninguna manera buscaría ideologizarlos, como en cierto momento

se pensó desde algunas universidades, ni tampoco para que meramente crezca su capacidad crítica y se hagan enemigos de los consorcios privados que controlan los medios, como Televisa, y los ataquen cada vez que pueden, sino para que desarrollen destrezas específicas para resolver problemas de comunicación en contextos políticos donde el poder está de un sólo lado de la balanza. Contrarrestar el poder o impulsar a grupos a estar en condiciones de ganar poder, vía la comunicación, no es cuestión de ideología y buena voluntad solamente sino, y de manera primordial, de destrezas. No es conocer a autores críticos y recitar sus obras y frases de memoria, sino aprender a ser críticos a partir de análisis cada vez más afinados, e instrumentar la criticidad en estrategias y tácticas concretas, lo cual es muy distinto.

Intrascendencia de algunas reformas curriculares

Aunque se tienen discusiones -por ejemplo al interior de las escuelas de comunicación- para modificar los planes de estudio vigentes, rara vez tales debates trascienden hacia el proyecto pedagógico que las sustenta. En cierta manera, los planes de estudio se vuelven un rompecabezas de tipo administrativo, donde determinadas piezas (asignaturas) ya no calzan y hay que cambiarlas por otras, según percepciones, a veces muy subjetivas, de los mismos maestros o según demandas de los clientes (estudiantes). Actualmente, además, existe la presión de modificar los planes de estudio de acuerdo a una creciente especialización del campo profesional de la comunicación. Diferenciación que se ha asumido como la mejor manera de responder a las exigencias de las empresas. El caso más reciente y también más importante aunque discutible, es el de la diferenciación de la formación de estudiantes en la Escuela de Comunicación y Artes de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, donde desde el inicio de sus cursos los estudiantes ya quedan agrupados según especialidades: TV, Cine, Publicidad, etcétera, y ni siquiera comparten un tronco común, como ocurría antes. La apuesta es ganar mayor profundización en ciertas áreas para generar en la medida de lo posible, especialistas. Sin embargo, también se puede apostar que mientras se gana en especialización se pierde en ubicación profesional y académica y se fortalecen compartimentos profesionales cada vez más reducidos. El punto a discusión aquí no es si se debe especializar o no a los comunicadores atendiendo a la diversificación creciente y acelerada de demanda de recursos humanos en el mercado de trabajo, sino el momento y la manera de especializarlos.